



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Rafael M.^a Liern).



—Fueron mis obras ¡ay! canela fina,
y... no hice más que ver con honda pena
cómo explotaba el editor la mina.
Hoy me concreto á dirigir la escena
luchando sin cesar con la rutina.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Chirigotillas, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—Menudencias, por Eduardo Guillar, Narciso Alonso Cortés y Eduardo Sanver.—Delenda es cartago, por Sinesio Delgado.—Quisicosa, por Alberto Casañal Shakery.—El gato del compadre, por Eduardo de Palacio.—El poeta de salón, por Luis de Ansorena.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Rafael M.^a Liern.—La noble emulación.—Un desgraciado.—Variedades (cuatro viñetas).—Por la tangente, por Cilla.



¶ Roma, Septiembre 21.

Querido Sinesio: Continúo en Italia admirando las obras maravillosas del arte antiguo.

Aquí todo es romano, como puede usted comprender fácilmente. En España solemos poner en duda las afirmaciones de los arqueólogos cuando nos enseñan un cacharro cualquiera diciéndonos que es de la propia Roma; aquí no hay duda: todo cuanto existe es romano puro.

Yo de arqueología no sé nada, pero no puedo menos de comprender que todo lo que vemos es curiosísimo: palacios, estatuas, columnas corintias, columnas mingitorias..

Un periodista de los que vienen con nosotros nos preguntaba ayer si tendría valor histórico una maleta de cuero que compró en una prendería.

—¡Quién sabe!—contestó otro.—Puede que haya pertenecido á algún procónsul, porque es cosa sabida que casi todos eran unos maletas.

Hemos recorrido una gran parte de la famosa vía Apia, y ha habido entre nosotros quien experimentó una penosa decepción.

—¿Y esto es la vía Apia?—exclamaba muy contrariado.—Yo creí que era otra cosa. No veo el apio por ninguna parte.

—¿Qué creía usted?—interrumpió otro.—¿Que íbamos á ver alguna ensalada?

Los periodistas romanos nos colman de obsequios. Á las ocho de la mañana ya están en la fonda, despertándonos con estas dulces frases:

—Non dormite piu. ¡Andiamol!

—¿Adónde?—preguntamos nosotros.

—Á vedere el Capitolio, poy la piazza de San Pietro, poy le terme de Caracalla, poy el Coloseo...

—Y poy—decimos nosotros—que nos traigan una camilla.

Cuando concluye nuestra peregrinación por calles y museos hay hombre que cae redondo sobre las losas de la calle y no se quiere levantar así le pegen.

Ayer pasó la noche debajo de la escalera de la fonda un desdichado periodista catalán. El pobrecillo no se podía mover y tuvimos que llevarle allí el desayuno y una palangana para que se lavase, pues no tenía fuerzas para nada absolutamente.

En Roma hay muchísimo que ver: todo aquí inspira curiosidad y despierta los recuerdos históricos... cuando se conoce la historia naturalmente.

Pero los que no saben más historias que la de la vecina del cuarto segundo, ó la de Sagasta, ó la de Torrijos, que murió fusilado, resulta que va uno á ver el palacio de Commodó ó de Calígula, y es como si le rascaran las pantorrillas.

—Aquí se lavaban las manos los gladiadores después de la lucha—decía á un compañero mío cierto arqueólogo romano.

Y contestaba mi compañero:

—¿Y quiénes eran esos señores tan limpios?

En el Museo del Vaticano vimos una famosa estatua que representa á Severo, el emperador, sentado en una especie de trono, y dijo uno de mis colegas:

—¡Caramba! Yo conozco á este señor.

—¿Sí?

—Es D. Eulogio, el farmacéutico de Alcalá. Está hablando.

En cierta calle de Roma vimos un rótulo que dice: *Lateria*.

—¿Sabe usted si vive ahí el Sr. Rodríguez San Pedro?—preguntó uno.

—No, señor, ésa es una lechería.

—Yo creí que era un depósito de latas.

La Roma moderna no es tan digna de consideración como la antigua, pero se pasa bien el rato en cafés, coliseos, fondas, etc.

Nosotros hemos visitado lo mejor de la ciudad y hemos visto romanas preciosas, capaces de levantar dolor de cabeza á Nerón si volviese á este mundo.

Entre otras mujeres bellas hemos conocido á la señora de un comandante retirado que dirigía miradas incendiarias á un redactor de *La Lira Vibrante*, de Villanueva y Geltrú.

—Yo *sono apasionata per l'ispagnoli*—decía ella.

—Ya se la conoce á usted—añadimos nosotros.

El marido, entretanto, nos refería las glorias militares sin cuidarse de la señora, que continuaba devorando con los ojos al de Geltrú.

Al separarnos de aquel matrimonio ella dijo á media voz al joven afortunado:

—Addio. Domani ci revedremo.

Y el marido nos entregaba su tarjeta, que decía:

ETTORE CAGLIARI

Comandante in riposo.

Va á dispensar si termino aquí mi carta. No tengo tiempo para organizar mis apuntes (pues yo he tomado apuntes como cualquier *tourista* culto), y aparte de esto, no me es posible separarme de mis colegas. Venimos todos en comitiva y no se nos permite emanciparnos.

Juntos vamos á comer, á visitar monumentos, á echar las cartas en el buzón, á comprar pitillos...

¿Ve usted? Me he separado un momento para escribir estos renglones y ya me están llamando.

Adiós, Sinesio.

Luis Taboada.

★

Chirigotillas.

I

De rebeldes gran legión dió á Manila rudo avance, y hoy pretende la nación sofocar á todo trance la funesta insurrección. Hay que sofocarla, sí; ¡que de ella no quede nada! Mas no se me alcanza á mí cómo no está *sofocada* con el calor que hace allí.

II

La esposa de don Tadeo, remilgada á más de fea, así se queja en la aldea donde está de veraneo: —¡Qué pueblol! ¡Qué atrocidad! Ni hay aquí con quién salirse, ni saben reproducirse las gentes en sociedad.

III

Al pescado aficionada mi prima Lucrecia Hermida,

es la mujer más delgada que he visto en toda mi vida; tanto, que el doctor sostiene que, aunque no comete excesos, la pobre ni un gramo tiene de carne sobre los huesos. ¿Veis cómo vive Lucrecia descarnada por su mal? ¡Pues todavía la necia dice que es *prima carnal!*

IV

—Buenas tardes, Leonor. ¿Y tu esposo?

—Ahora saldrá.

En este momento está pastando en el comedor. —¿Pastando? ¡Qué frases gastas! Se va el hombre á resentir. —No, tonta; quiero decir que está tomando unas pastas.

V

Tan corto de talla es Vara que cuando va á Meco para ver á su corta Belén,

no puede ir más que en el tren corto de Guadalajara.

VI

Don Rufo y doña Cristeta me han dicho que no se toman la molestia de salir en las noches calurosas del estío á refrescarse, sino que llega su hora, se soplan en la camita

como dos buenas personas y dicen que allí están frescos. ¡Es natural! Si se soplan...

VII

¡Miren si será animal Pepita Valdemurciélago, cuando dice muy formal que su tío es archipiélago de no sé qué catedral

Juan Pérez Sainza.

LA NOBLE EMULACIÓN



—Se conoce que no se han enterado los de Calasparra de que orsequié á un batallón expedicionario con copas de vino. Porque si no... ya me habrían nombrado hijo adoptivo á estas fechas.

PALIQUE

Firmada por Sinforiano Piñeiro, recibo una carta en que se me insulta, desprecia y aniquila porque donde yo escribí, ó quise escribir, es púreo dice espurio, y donde yo escribí e dice i.

Sí, Sr. Piñeiro, irritadísimo Piñeiro, se dice espurio y por eso yo me reía de quien decía espúreo. Pero usted, que no debe de llamarse Piñeiro y debe de ser grandísimo enemigo mío, prefiere suponer que yo no sé lo que sabe el mundo entero, y que me pongo á censurar sin estar seguro de la razón con que lo hago. No, Piñeiro fingido. Yo escribo siempre con mis autores de consulta á la mano; y hasta el Diccionario de la Academia me sirve á veces, por aquello de que es autoridad cuando tiene razón.

Á mí no se me cogen garduñas ni senado-consultos, porque no olvido las debidas precauciones. En cambio erratas... á granel. Estoy lejos de las imprentas en que se componen mis artículos y no puedo corregir las erratas.

Además, á veces las erratas son del original, no de la imprenta, pero son erratas. V. gr. en la carta de usted, Sr. Piñeiro, leo se

escribe. ¿Qué verbo es *escribe*? No hay tal verbo; es que usted con la emoción de tanta alegría—¡un gazapo de *Clarín*!—se quedó tartamudo... por escrito.

Sí, señor; se dice espurio ¡no faltaba más!; pero usted ¿cómo se dice? ¿Cómo se llama? ¿Quién es usted? Vamos, Piñeiro, la verdad... ¡Valor!... Dígamelo usted *en puridad*, si no quiere que el público se entere.

Porque ¡ah! si usted fuera un Piñeiro auténtico... ¡pues apenas había estado yo perdiendo el tiempo!

*
* *

Todos sabemos que el Sr. D. Enrique Sepúlveda ha vuelto á la casa paterna de su tía la prensa. Es un *sobrino pródigo* que no ha tardado en estar de vuelta.

Se conoce que no ha perdido el tiempo, como yo contestando á Piñeiro; porque en estos meses, ó días nada más, de descanso, ha leído *sus clásicos* (estilo Blasco-Ladefese). ¡Ahí es nada! Ha leído á Anacreonte en latín. ¡Vaya una rareza! De no leer las anacreónticas en griego, más le valía leer la traducción española, libre y elegante, del clásico poeta castellano. Por cierto que el pobre Anacreonte no le ha gustado á Sepúlveda. Por supuesto que, según las citas de Sepúlveda, lo que él ha leído son las anacreónticas... que no son de Anacreonte.

Pero en fin, no le gusta aquello.

¿Por qué? ¿Porque Sepúlveda ha leído á cierto crítico, según el cual las anacreónticas no son más que poesías de imitación, de inspiración mediana? Puede.

Pero la razón que da Sepúlveda es otra: que no le gusta que se cante el vino.

¡Pobre Horacio, pobre Virgilio, pobre Villon, pobre Baudelaire! ¡Pobres... poetas sin cuento que han escrito maravillas alabando los buenos tragos!

Pero ya que no le gusten las anacreónticas ni el buen vino, algo le gustará á Sepúlveda.

Le gusta la parra. La parra por la parra. Lo mismo hace el macho de cabrío, según Virgilio. Pero el *fundador* de la tragedia, como quien dice, ama la parra... porque se come las hojas, y Sepúlveda ni por eso ni por las uvas, sino por esto:

«Es para mí espectáculo gratisimo la contemplación de esos inmensos «toldos» formados por hojas de parra.» Fíjese el enemigo de las anacreónticas: dice que es espectáculo gratisimo la contemplación de los toldos, y lo que quiere decir es que el espectáculo que le gusta es el de los toldos, no el de la contemplación. Será errata. No sé cómo puede ser, pero será errata.

Habla de la vendimia y dice que el sol ha derramado sus dones sobre *las vides silvestres*. Será errata. Demasiado sabe Sepúlveda que no son silvestres las vides que se encierran, convertidas en vino, en «*las botas jerezanas*». ¿Si no le gustará el vino á Sepúlveda porque lo beberá de vides silvestres?

*
* *

«Desde los tiempos de Noé, el otoño—ya muy próximo—viene rodeado de los *prestigios* que le da la vendimia.»

¿De veras cree Sepúlveda que la industria del vino se remonta á los tiempos de Noé? En tiempo de Noé no había... ni otoño.

No señor; no sabían distinguir de estaciones como ahora, con tanta precisión. Algunos pueblos conocían dos. Hasta en eso se fué progresando. Lea el Sr. Sepúlveda, para más pormenores, á Ihering en *Los arios antes de la historia*. Y además, lea la historia del vino. Y la Biblia. Y verá que en tiempo de Noé todavía no tenía el otoño *prestigios* gracias á la vendimia.

Tampoco sabe distinguir de colores, á mi ver, el Sr. Sepúlveda. Dice que ahora «el color verde de las hojas empieza á tomar el triste rojizo casi dorado, de la muerte».

No estamos conformes en nada. El color verde no toma el rojizo, porque entonces ya no es verde. Serán las hojas las que toman ese otro color, pero el color verde de las hojas, no. Jamás, jamás, jamás. Además el color rojizo no es triste. Además, las hojas, por lo común, no se ponen rojizas, sino amarillentas, y el color rojizo casi dorado es arbusudo, porque el oro no es rojo, es amarillo; y si las hojas secas parecen doradas es porque están amarillentas, no rojizas.

*
* *

«Nuestros campos se asemejan hoy á los de Mantua y Atenas que fueron cantados por los cisnes de la mitología pagana.»

Me parece, dicho sea con la consideración debida á un compañero que vuelve al noble ejercicio de las letras, que Sepúlveda se hace un lío; y ni los campos de Atenas, en que predominaba el olivo, ni los de Mantua son los que más se parecen á la buena tierra de viñas ricas á que alude el autor. ¿Y qué cisnes son esos? ¿Es Virgilio uno? Parece que sí (el *cisne de Mantua*). Pero Virgilio ¿es un cisne mitológico? ¡Si casi le conoció Bremón! Y *Asmodeo* le tuteaba. Y el de Atenas ¿quién es? ¡Supongo que no será Homero ni Anacreonte! Y en todo caso ¿qué tienen que ver los campos con los poetas? Virgilio cantó el vino, sí. Pero no cantó las viñas de Mantua, sino otras, v. gr.: las réticas, las de Falerno, Tmolo, Faneo, Rodia, Bumasto. Y cantó á Mantua, pero no por el vino.

*
* *

Será errata; pero Sepúlveda supone que si pudiera subir el vino bueno al Olimpo griego (claro; el Olimpo, griego tiene que ser, como el Moncayo es aragonés) habían de solazarse los dioses de la centuria de Virgilio. ¡Rediós con los dioses!

¿Qué tiene que ver el Olimpo... griego, con Virgilio y su centuria? ¿Y qué dioses son los de la centuria de Virgilio? ¡Como no sean Augusto y familia!

¿A mí que se me figura que el Sr. Sepúlveda ha leído con alguna precipitación sus clásicos?

**

Nos pregunta Sepúlveda lo siguiente: «¿Habéis gozado de esos crepúsculos otoñales llenos de luz y de emociones, que hacen soñar en la vida y en el amor?»

Pregunta por pregunta: ¿Ha leído en algún clásico español el Sr. Sepúlveda eso de soñar en; y ha visto jamás crepúsculos llenos de emociones, ni siquiera llenos de luz? ¡Si precisamente con el crepúsculo viene el anochecer! ¿A qué hora atardece, Sr. Sepúlveda? Pregúnteselo á Núñez de Arce.

**

De todas suertes, bien venido sea el sobrino pródigo de las letras... si viene solo.

Clarín.

Menudencias.

—Hombre, ya me va cargando que, al cobrarme, el camarero haga sonar la moneda dos ó tres veces lo menos.
—Es que pudiera ser falsa.
—¡Precisamente por eso!

EDUARDO GUILLAR.

**

«Compadeced á la mujer caída», suelen muchos decir. ¡Bellas palabras! Lo malo es que lo dicen casi siempre los que más contribuyen á que caiga.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

**

Vertí, sí, bastante llanto, más pasé ratos muy buenos. Ahora ya no sufro tanto... ¡pero gozo mucho menos!

EDUARDO SANVER.

Un desgraciado.



—Para mí, como si no se hubiera acabado la veda. Me pasa lo mismo que en Madrid... ¡Ni un conejo!

DELENDÁ ES CARTAGO

Siempre son semejantes los augurios cuando una sociedad se tambalea: vicio, abusos y escándalos arriba y abajo estupidez é indiferencia.

El agio entronizado, por la fiebre de lograr distinciones y riquezas el cínico impudor en los negocios, el arrojo sin freno en las empresas, loco derroche de los fondos públicos, camarillas, arreglos, componendas... y el pueblo presenciando el espectáculo sin asombro, sin rabia y sin vergüenza.

Perdido el sentimiento de la patria, lánzanse todos á medrar por ella, y el dolor de las víctimas se ahoga con el alegre estruendo de las fiestas.

Al paso del más fuerte la multitud humilde se posterna, se encumbran los audaces, los perversos, y de la pequeñez se hace grandeza.

Inclinan el soborno y la amenaza la balanza de Astrea, y con plumas y bandas y cintajos se le tapa la boca al que protesta...

Al fin, cuando parece que, enervada, va á perecer la humanidad entera, sopla la tempestad, borra y destruye cuanto á su paso encuentra,

y de los troncos carcomidos brotan ramas robustas, vigorosas, frescas que en el infecto polvo de los siglos vuelven á retoñar con savia nueva.

¡Todo va á derrumbarse! Del progreso se tiene que cumplir la ley eterna, y el mundo entero va á cambiar... ganando. ¡Dichoso el que lo vea!

Sinesio Delgado.

★

Quisicosa.

Las sonrisas del hombre enamorado que se quiere mostrar indiferente cuando á alguna mujer se ha declarado y ella no se ha dignado corresponder á la pasión que él siente, son... ¡como esas sonrisas que el Bombita tiene en los labios (con la sola idea de apaciguar al público que grita) cuando le coge un toro y le voltea.

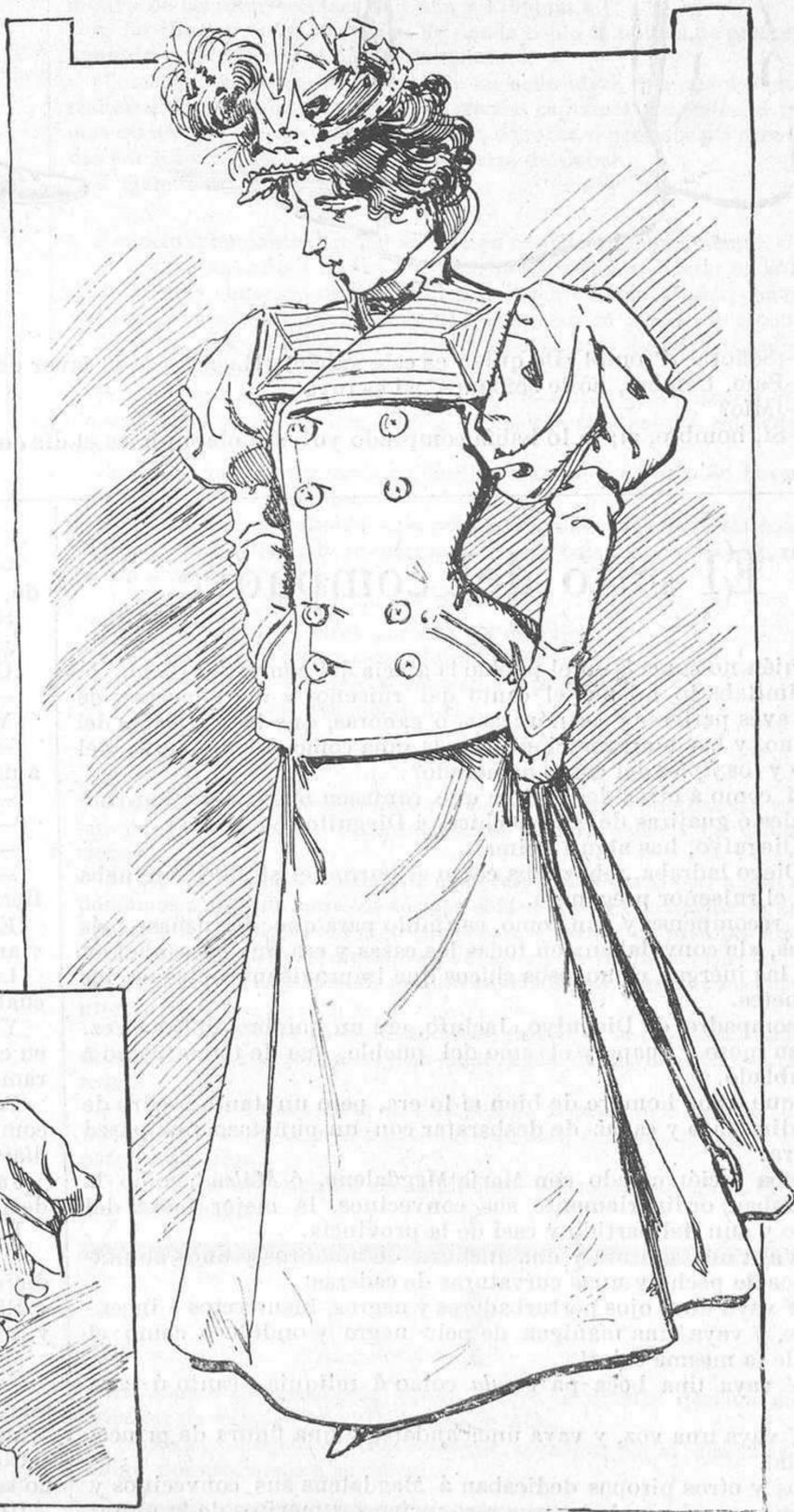
Alberto Casañal Shakery.

★

VARIEDADES



—¿Has leído que el *Cristóbal Colón* ha tenido que entrar de arribada en Vigo para limpiar los fondos?
—No.
—Pues ya lo leerás en cuanto haga el primer viaje.



—¡Colindres! ¡Cómo viaja el czar! ¡Quién fuera czar! Y ya que eso no pueda ser, ¡quién fuera czarina, por lo menos!



Situación actual del pueblo español hasta ver en qué para esto.

Los hombres á miles se van á la guerra... ¡Dios mío, qué solas se quedan las hembras!

Por la tangente.



—¡Señora! ¡Pronto! ¿De quién es este gabán? ¡Haga usted el favor de decírmelo!...
 —Pero, hombre, no te sofoques, ¡si es tuyo!
 —¿Mío?
 —Sí, hombre, sí; te lo había comprado yo para obsequiarte el día de tu santo y darte esa sorpresa.

El gato del compadre.

¿Quién no conocía en el pueblo la gracia del compadre Dieguiyo, que imitaba lo mismo el canto del ruiseñor y del canario y de otras aves parleras y «canónicas», ó canoras, que las *fermatas* del pollino, y las murmuraciones de la rana como las romanzas del perro y los *jipios* del gato enamorado?

Así como á otros les pedían que cantasen malagueñas convencionales ó guajiras de género chico, á Dieguito le decían:

—Dieguiyo, has algún animal.

Y Diego ladraba, rebuznaba como el burro del alcalde, ó trinaba como el ruiseñor pregonero.

En recompensa y aun como estímulo para que derrochase más gracias, «le convidaban» en todas las casas y era una necesidad en todas las juergas, como esos chicos que improvisan coplas en los banquetes.

El compadre de Dieguiyo, Jacinto, era un hombre de una vez.

Buen mozo y guapo y el amo del pueblo, que le temía como á un nublado.

Porque como hombre de bien sí lo era, pero un tanto oscuro de entendimiento y capaz de desbaratar con un pufietazo una pared maestra.

Estaba recién casado con María Magdalena, ó *Malena*, como la nombraban ordinariamente sus convecinos, la mejor moza del pueblo y aun del partido y casi de la provincia.

—¡Vaya una cintura y una anchura de hombros y unos abultamientos de pecho y unas curvaturas de caderas!

—¡Y vaya unos ojos perturbadores y negros, insurrectos é incendiarios, y vaya una manigua de pelo negro y ondulado como el mar, de la misma color!

—¡Y vaya una boca pa *besala* como á reliquia e santo ú cosa así!

—¡Y vaya una voz, y vaya unos andares y una finura de princesa rusa!

Estos y otros piropos dedicaban á Magdalena sus convecinos y algunas convecinas, de las que reconocían los méritos de la moza.

Porque entre mujeres, antes se reconoce la virtud que la hermosura de otras.

—¡Qué lástima de muchacha, tan fina para un animal, mejorando, como Jacinto! —apuntaba algún émulo del marido.

Se querían los cónyuges como dos locos.

¿No se habían de querer?

Como decía la gente:

—¡Pudiera no querer ese zángano á una «imagen» como ésa!

Y las mozas y las veteranas, por su parte:

—No faltaba más —decían ó pensaban— sino que *ésa* despreciara á un mozo como Jacinto. ¿Quién era ella?

—¿Y quién era él? —objetaban los hombres.

—Una probética sin una peseta.

—Pero honrá, muy honrá. ¿Y él?

—¿Él? Tenía un cortijo, y le tiene, y cabayerías y unas jazas de tierra que valen mu güen dinero.

El compadre Dieguiyo era un sirvergüenza, hablando sin agraviar.

Le parecía Magdalena, lo mismo que á todos, una gloria para cualquier hombre, por lo hermosa y por lo buena.

Y en su «forro interno» —como él decía— estaba enamorado de su comadre; es decir, de la mujer de su compadre, que, verdaderamente, ni era su compadre ni nada.

Pero se contentaba con echar algunas flores á Magdalena, y con comer y beber á su vera, y con hacer el burro, y cuanto ella le pedía, para divertirla.

Jacinto le trataba con franqueza y confianza, y no sospechaba deslealtad en su compadre, por varias razones.

Primera, por su buena amistad.

Y después, porque Dieguiyo le conocía bien y sabía lo que pudiera costarle su atrevimiento.

El regalo de boda del compadre había sido un gato sabio, negro y lustroso y buen mozo en su clase.

Magdalena se le pidió á Diego, y éste se apresuró á llevarsele.

Era un gato que hacía el «ejercicio de fusil» con una vara, y que maullaba musicalmente, como si cantara algo de zarzuela.

Magdalena cuidaba al *minino* como á un hijo adoptivo.

Con pretexto de ver al gato ó de visitar al matrimonio, Diego no salía de la casa de su compadre.

Un día, por fin, no pudiendo contenerse y aprovechando la ausencia de Jacinto, se atrevió á declararse del todo á Magdalena.

La moza celebró riendo la broma del compadre.

Hasta que, «tan pesado se puso el hombre», que tuvo que desengañarle de una vez y echarle de la casa.

—Aquí no vuelva usted cuando no esté Jacinto—le dijo,—y esto porque no quiero proporcionarle disgustos ni que le dé á usted una desazón.

Pero Dieguiyo, que se había propuesto intentar el asalto, creyendo que Magdalena mudaría de opinión, llegó una noche á la casa de su compadre.

—Si llamo no me abrirá—pensó.

Y empezó á maullar en la puerta.

Magdalena, que no se acordaba de semejante persona, creyendo que el gato se había quedado fuera de la casa, abrió la puerta.

El compadre se coló de golpe.

La escena fué trágico-burlesca.

En aquella oportuna, Jacinto, de regreso en el pueblo, llegó á su casa.

Lo que allí pasó no pudo saberse, aunque se presumió en el pueblo.

Dieguiyo contaba en la intimidad:

—Amarrao á una viga me tuvo en un desván ocho días jasiendo el gato, y comiendo cordilla y desperdicios lo mismo que un gato original y auténtico. Y gracias á que no me desolló vivo.

Eduardo de Palacio.

EL POETA DE SALÓN

I

El público distinguido,
tras de la opípara cena,
con el estómago lleno
y excitada la cabeza,
entra en el regio salón
que alumbrá la luz eléctrica,
haciendo espléndido día
lo que es triste noche fuera.
Ya aguarda el vate á su público,
con un papel en la diestra,
la mirada mortecina
y la postura académica
que usa desde antiguo para
solemnidades como éstas...
Acomódase la gente,
las conversaciones cesan;
el vate adelanta un paso,
mira en torno... carraspea,
y, dando á su voz el tono
propio del caso, comienza
la lectura de unos versos
que ha titulado «En la aldea».

II

Un puro idilio campestre
que rebosa en inocencia,
con su arroyo que murmura,
sus pajaritos, su iglesia,
su cielo azul, sus pinares,
sus ovejitas, su yerba...
Allí hay labriegos... al cromo
que dicen muchas simplezas,
y mozas... de escapatate
que se complacen con ellas;
desdeñados que van siempre
con su guitarrillo acuestas,
y en cuanto ven á la joven
que sus afanes desdeña,
toman aliento, y de pronto
¡aquí te quiero, escopeta!
dan á los celos que sienten
la forma de peteneras...
Mas todo aquel desconcierto
jamás toca en la tragedia,
pues, sin duda, en vez de sangre
corre nata por las venas

de aquella gente sencilla
que con jipar se contenta,
y después de haber jipado
se queda tan satisfecha.
Lo más extraño es que el vate,
con mal fingida tristeza,
recordando los felices
días que pasó en la aldea,
dice en sus versos que nada
de estar lejos le consuela,
y «¡Cuándo volveré á verte,
exclama, feraz ribera
donde he pasado los años
primeros de mi existencia!»
Mas... ¡ay! ¡qué afán mas inútil
porque el destino le entrega
á una lucha encarnizada
que exige todas sus fuerzas,
y el infeliz es esclavo
que soporta su cadena
con la esperanza que un día,
venciendo á la suerte negra,
reposeen sus restos... *frios*
en un rincón de su tierra...
¡y toque por él á muerto
la campana de su iglesia!
Y nadie de los que escuchan
tal lamentación recuerda
que hace muy poco, al tragar
con apetito de bestia
los succulentos manjares
que se han servido en la mesa,
ha hecho un elogio entusiasta
de la cocina moderna.
Y habló de modas, de *sport*
y de otras mil bagatelas,
acariciando, al hablar,
con sus miradas groseras
hombros de tan suave piel
que comparó con la seda.
Ni al dueño de aquel palacio,
que oye en silencio sus quejas,
ocúrresele decirle
señalándole la puerta:
—¡Hombre, pues si está tan mal,
váyase usted enhorabuena
con su arroyo y con sus pájaros,
con su fuente... y con su yerba!

Luis de Ansorena.

CHISMES Y CUENTOS.

Dixit Cánovas:

«No ha llegado el caso de juzgar á esos dos dignos generales (Blanco y Weyler).»

No; no ha llegado el caso. Sólo debemos concretarnos á saber... que no se acaban las guerras.

«Esperen los impacientes á que se toquen los resultados de su gestión. (¡Pero si ya se tocan! ¡y demasiado que se tocan!), y entonces, llegado el

momento oportuno, podrán tributárseles los elogios ó dirigírseles las censuras que hayan merecido.»

¡Pero V. E. quiere que la Nación tenga más paciencia todavía? ¡Tenga V. E. en cuenta que espera muriéndose! Y ésa es una manera de esperar sumamente desagradable.

¿Á que no saben ustedes cuál es la mejor casa constructora de buques en este mundo, según la prensa periódica?

La casa Ansaldo, de Génova.

¿Á que no saben ustedes cuál es el negocio más bonito que ha hecho España, desde Tubal hasta Berángel, según la misma prensa?

La compra del *Cristóbal Colón*.

Y todo por unos cuantos banquetes y otros cuantos vivas... á Cuba libre.

Telegrama de San Sebastián:

«Esta noche se terminó en la iglesia de San Vicente el solemne triduo para implorar del Todoporoso la pronta terminación de la guerra de Cuba.»

Está muy bien; pero ¿y el mazo?

Porque hay que dar con el mazo al mismo tiempo.

Y si no, vea usted lo que adelantaron aquellos respetables generales que llevaron cintas en las rogativas á San Isidro.

Hay bromitas terribles.

Por ejemplo: los amigos del Sr. Sagasta, que se proponían hacerle un entusiasta recibimiento á su vuelta de Ávila «por los grandes servicios prestados al país en estos días calamitosos».

¡Bah! Ya, de tomar en chusco la cosa, lo más conveniente sería levantarle una estatua, además de la que tiene en Logroño, ó declararle hijo adoptivo de... las compañías de ferrocarriles.

Y sigue la racha de guasones:

«El ayuntamiento de Alicante ha acordado elevar una exposición á las Cortes pidiendo se conceda el ascenso á capitán general al digno ministro de la Guerra, por los importantísimos servicios prestados á la patria con motivo de las insurrecciones de Cuba y Filipinas.»

Á *La Correspondencia*, que es de donde copio la noticia, le parece muy acertada la iniciativa del pueblo de Alicante.

¡Toma! y á mí también. ¡Como que mi bello ideal, que está á punto de realizarse, es que todos los españoles seamos capitanes generales, ó tengamos estatuas, ó lápidas conmemorativas, ó cruces, ó pensiones, ó encomiendas por los servicios prestados en la guerra de Cuba!

Y Quintín Banderas bueno, gracias.

Anuncio interesante, aunque no esté en castellano precisamente:

«UN BUEN NEGOCIO Á HACER.—Existió un sistema para operar en la Bolsa de París muy conocido de los banqueros y fácil de comprender, con el que pueden ganarse todos los años 3.000 pesetas con un capital de 1.500.»

Aquí hay tres cosas que debían asombrarnos, pero que no nos asombran porque ya estamos hechos á todo.

Primera: que existiendo ese sistema tan conocido para hacerse rico en un santiamén no lo exploten los que lo conocen ellos solitos, sin dar participación á nadie.

Segunda: que haya todavía corderillos baladores capaces de llevar á la agencia sus 1.500 pesetillas.

Y tercera: que, permitiéndose la publicación de semejantes reclamos, tengan que andar ofreciendo su mercancía en voz baja los que venden relojes de oro á dos pesetas.

Dicen que una vez distrajo
unos cuartos don Miguel.
Yo creo, al contrario, que ellos
le distrajerón á él.

OBDULIO CARRIÓN.

Si yo tuviera una hermosísima voz de tenor, ¡qué endechas tan tristes y tan monotonas había de cantarle al señor director general de Comunicaciones!

Todas destinadas á ablandarle el corazón para ver si por algún medio podíamos conseguir entre los dos que el MADRID CÓMICO llegase alguna vez á manos del suscriptor (lo digo con *p* para ganarme de paso las simpatías de la Academia, á ver si me apoya), del suscriptor D. Miguel Gay G.^a Camba, porque yo solo y con mis propios esfuerzos está visto que no puedo lograrlo.

—Vivirá ese señor en algún apartado rincón de la montaña donde sean difíciles las comunicaciones, y no tiene nada de particular...—dirán ustedes.

—Pues no, señores: vive en Pontevedra, capital de la provincia de su nombre, á la cual llega el tren todos los días, con más ó menos retraso, pero en fin, llega.

¡Pero llega casi siempre sin el MADRID CÓMICO destinado á D. Miguel Gay G.^a Camba!



Ha muerto en Asturias la señora madre de nuestro querido amigo el redactor de este periódico D. Leopoldo Alas.

Todos sus compañeros, sinceramente apenados por la desgracia que le aflige, nos asociamos á su dolor.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Espartaco.—Bien, pero para *hacerse un nombre* lo primero que hay que hacer es buscar algo nuevo, algo original, personalísimo. Vamos, un *chic* que atraiga la atención pública. Por el camino trillado se tarda mucho en darse á conocer. Crea usted que es un consejo leal.

Sr. D. L. C. B.—Pero ¿qué clase de metro es ese? Porque no se sabe á ciencia cierta.

Quien menos te piensas.—¿Otro guasón *insano*?
¡También mereces tú ser sevillano!

El noy de los treinta meses—«*QUEJIDO.*—A *Luisa.*» ¡Hombre! con eso está dicho todo.

¿*Puede ser?*—Podría, si no fueran tan serios. Pero dan tentaciones de enjugarse las lágrimas.

Manolito.—¿No es broma? Pues si no es broma y quiere usted que le desengañe, dése usted por desengañado. ¡Pero no se me vaya usted á incomodar ahora por eso!

El gato blanco.—Se publicará alguna cosita de esas.

Un paisano de Zorrilla.—Pues... no puedo decir á usted cuál de ellas mandaré primero á la imprenta. Porque, la verdad, ninguna acaba de gustarme del todo. Y en la duda, abstente, que dicen los sabios.

Sr. D. J. A. J.—Digo á usted lo mismo que al *gato blanco*, es decir, que aprovecharé algo, si Dios quiere.

Rape Iela.—Vaya por un cantarito ó cantarico de esos:

«Podre olvidar morena
á mi madre... hasta á ti
mas no olvidaré nunca la impresión que me hizo
el beso que te di.»

¡Cualquiera lleva el acompañamiento con la guitarra!

Sr. D. J. B.—La versificación carece de soltura, en primer lugar. Es forzada y premiosa en demasía. Luego, el asunto es vulgar también en demasía.

Velay.—No; no he podido utilizar ninguna.

Nicotina.—Sí, son medianucos efectivamente. Y las palabras *patrulla* y *tertulia* no son consonantes más que en Cavite. ¡Pero cualquiera va allí á usarlas!

Z. C.—El soneto no está mal, pero no dice nada que valga la pena de

esculpirse en mármoles, y es acróstico, por añadidura. Lo otro es muy poquita cosa.

Amatus.—Salvo que no son cualidades opuestas la hermosura y el desdén, podría pasar el cantar último. De los epigramas no hay que hablar, porque son candorosísimos.

Sr. D. E. B.—Deploro no poder aceptar ninguna de las dos cosas.

Sr. D. S. A.—No puedo contestarle particularmente... aunque mande el sello. Si usted quiere lo haré en esta sección... enviándome la composición de nuevo, porque también me es imposible archivarla.

Luzbel.—No están mal, pero no son de la índole del periódico.

Sr. D. E. A.—¡Caracoles con la doloral! ¡Levanta en alto!

Benedetto.—¡Uy, uy, uy! ¡Qué mal andamos de *silabeo* y de *consonantes*, Santa Madona!

Cardica.—Verá usted:

«Estaba un hermoso día
cuando mi amor la declaré
y cuando despues la pregunté
si á mi amor correspondía
y ella me dijo que no
al poco el cielo se nubló.»

Lo creo. Porque si se lo dijo usted en versos de esta clase, se diría el sol: «Me voy por no oírlos».

Sr. D. E. G. R.—Valladolid.—Mande de nuevo la lista de los que le faltan y 15 céntimos por cada uno, y se le enviarán á vuelta de correo.

Incógnito.—La fabulilla es inocente, demasiado inocente, á Dios gracias.

Uno de su pueblo.—Bien, pero esos no son cantares propiamente dichos, ni esos hojos con hache pueden dar resplandor alguno, aunque se lo pidan á Dios frailes recoletos.

Sr. D. G. G.—No tienen nada de particular. Ni malo ni bueno.

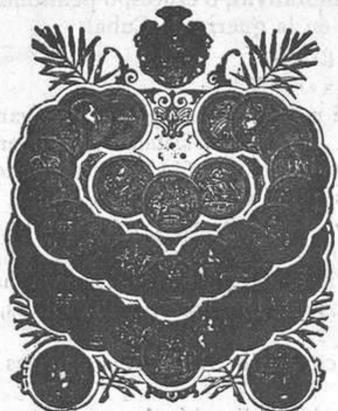
Sr. D. J. B.—Humorismo pasado de moda. ¡Si viera usted cuántas cosas de esas se han publicado en este mismo periódico hace muchos años!

Sr. D. J. R.—No hay de qué darlas. Y ¡ojo con descuidarse! Porque ésa ya no está tan limada como las anteriores. Hay un verso que dice:

«sacudiendo la inercia que os ata»

que tiene diez sílabas nada mas. Y los versos cojos suenan mal, como usted comprende.

Sr. D. E. S.—Se aprovechará algo.



COGNACS

PUROS DE VINO GARANTIZADOS
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS

9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
—
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAB, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º